

Aquello de soñar juntos

Cecilia Espinosa Arango

Una de las experiencias más vitales, y de mayor complacencia que puede tener el ser humano, es la que produce el acto de cantar en grupo o hacer música de manera grupal o colectiva.

Ingresé a la música por una experiencia de esta naturaleza; sucedió en el círculo familiar cuando, por casualidad, el Coro de la Universidad de Antioquia, dirigido en aquel entonces por el maestro Gustavo Yepes, ensayaba en mi casa; esto se dio coyunturalmente, porque mi hermana mayor pertenecía al Coro Universitario. Tuve pues el placer de escuchar en vivo diversos cantos y polifonía a cuatro o más voces, pude percibir armonías y consonancias agradables al oído, circunstancia que me cautivó para la música de un todo y por todo desde entonces.

Me hice profesional en el oficio de ser directora orquestal y coral, y es así como, en la actualidad, tengo a mi cargo dos agrupaciones corales de diferente naturaleza; además, estoy al frente de la Orquesta Sinfónica EAFIT y anualmente entreno vocal e instrumentalmente a más de ciento veinte estudiantes que tienen sus primeras experiencias de conjunto a través de los montajes que realizo semestralmente con los coros y orquesta del Departamento de Música de la misma Universidad.

Pasan los años y no dejo de maravillarme y sorprenderme, cada día, cuando escucho hablar a mis alumnos de las

sensaciones que experimentan en su etapa como estudiantes y, más aún, saber de las experiencias de los profesionales cuando revelan los descubrimientos que hacen al tocar juntos. Algunos de ellos, especialmente los que se unen de manera vocacional a las actividades de grupo, dedican incesantemente sus esfuerzos al servicio de una música que, cuando sueña conjuntamente, trae consigo contenidos mágicos y maravillosos. Todo esto alcanza su último cometido en aquello que todavía tiene mayor incidencia grupal como lo es el evento que denominamos concierto.

Trabajar juntos, cantar juntos, soñar juntos, tocar juntos, produce efectos que sanan la mente y, en muchos casos, hasta alivia dolencias físicas, efectos que la ciencia sólo podría explicar desde lo espiritual, lo esotérico, o lo plenamente incomprensible.

Este propósito de reunirse con un mismo fin, llámese en nuestro caso música, y de alimentarse conjuntamente de una misma materia prima, transferible por legado, o por conocimiento heredado, o por estudio, produce singulares beneficios, no sólo en cuanto a su nivel cognitivo y al aprendizaje científico que produce el arte, sino en cuanto a lo meramente físico y motriz de cada individuo.

Para empezar, el hecho de cantar al lado de otra persona que produce o toca sonidos diferentes, sumadas esas diferencias,



Performance *Molé que Molé*. MUUA. Museo Universitario, Universidad de Antioquia, 2013. Fotografía: Archivo del Cuerpo Habla

crea algo estéticamente bello, engrandece el espíritu y arroja como resultado un equilibrio emocional que hace trascender el espíritu. Del lado del aprendizaje y del ordenamiento natural de las cosas, el pensamiento matemático se fortalece y encuentra mejores y más rápidas salidas y respuestas a problemas que van, desde lo más elemental, hasta los grandes retos reservados para especialistas del área matemática.

Como directora musical, constantemente me pregunto cuál es el interés real de las personas que deciden hacer parte de la vida de un coro o de una orquesta, y cómo puedo potenciar desde mi rol los beneficios en cada uno de los integrantes. Después de darme muchas respuestas, concluyo que los más beneficiados siempre son aquellos que llegan por amor a

la actividad. Cuando no hay limitantes de tiempo o grandes dependencias, el ser humano se entrega en tal forma, que difícilmente se da cuenta de sus limitaciones o las ignora. Al fin y al cabo, muchas de las grandes proezas del hombre son, muy frecuentemente, producto de las más altas tensiones o de las reducidas posibilidades de triunfo.

De todas formas, hay marcadas diferencias en las respuestas de los grupos, que pueden caracterizarse o catalogarse de acuerdo con una cantidad de variables, tales como la edad, los propósitos comunes, el sexo, la formación intelectual y el conocimiento artístico individual. Cada grupo interactúa de diferente manera y establece unas dinámicas y sinergias que también pueden asociarse en muchos casos con la persona que los lidera. Tam-

bién es muy importante tener en cuenta la frecuencia con la que trabajan los grupos, ya que de ésta dependen, no solamente los avances académicos y artísticos, sino el conocimiento que cada uno adquiere del otro.

Agrupaciones de gran arraigo y tradición logran permear en sus nuevos miembros eso que percibimos como herencia o cualidades y calidades atribuibles al grupo mismo. Las nuevas asociaciones, por el contrario, carecen de arraigo o tradiciones muy marcadas y se identifican más naturalmente con sus líderes, sin mayores dependencias con el pasado. Aun así, me atrevo a afirmar que lo que principalmente incide en los resultados del colectivo son la actitud positiva y los deseos de sacar adelante el proyecto común a todos.

Trabajé en diversas instituciones educativas cuyo principal objetivo era formar niños y jóvenes, con la música como ingrediente principal de su pensum educativo. Tuve la gran experiencia de iniciar niños desde sus cinco años y hacer seguimiento de sus resultados y transformaciones personales y musicales. Es muy satisfactorio escuchar los testimonios de esos niños después de varios años, cuando agradecen las vivencias que tuvieron y que en verdad contribuyeron a su formación integral.

Ser testigo de los resultados producto de un “sueño colectivo” es algo que nos marca para toda la vida. Muchos de estos sueños llevaron a algunos jóvenes a ambicionar estar al frente de las mejores orquestas o tocar con los mejores instrumentistas del mundo o tener un reconocimiento en el panorama mundial. Algunos ya lo lograron, y seguramente otros están en vías de lograrlo.

Cuando se experimenta aquello que podría denominarse el “sí se puede”, aprendemos y entendemos que, con tesón, sabiduría, empeño y mucha disciplina, podemos hacer realidad lo que otros ven como imposibles.

Solo con una mente abierta y una actitud positiva dimensionamos la fuerza que tienen las acciones de conjunto en torno a una misma causa, y cuando esa causa es la música, estamos en una dimensión de mayor cobertura a partir de un lenguaje universal.

La música trasciende las barreras idiomáticas y atraviesa cualquier frontera. La música, como propósito común, es capaz de juntar a un palestino con un israelí, a un guerrillero con un soldado, y sintoniza en una misma frecuencia las más diversas diferencias colectivas.

Sabemos todos que nuestra incidencia en los terrenos en los que nos movemos está determinada por variables de tiempo, espacio y circunstancias, propias de cada fin. De manera personal, creo haber transitado extensamente y estar profundamente involucrada con el quehacer educativo de nuestra ciudad y nuestro país. Mi gran aspiración es que mis alumnos puedan multiplicar de alguna forma los sueños que, de manera individual y conjunta ideamos, más que nada los que colectivamente soñamos.

Cecilia Espinosa Arango es docente y directora orquestal y coral. Actualmente dirige la Orquesta Sinfónica EAFIT. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.